**Domingo 25º T.O. (B) (23.09.2018): Marcos 9,30-37.**

***¿Quieres ser el más importante?* Me lo digo y lo escribo CONTIGO,**

Espero que cada leyente de esta línea tenga la paciencia suficiente para tomar entre sus manos una Biblia y buscar en el Evangelio de Marcos el texto de 9,30-37. Seguramente constatará que este relato lleva un título escrito en negrita: **“Segundo anuncio de la Pasión”**.

Si se habla de un ‘segundo anuncio’ es porque anteriormente se habló de un ‘primer anuncio’, como se puede ver en Marcos 8,31-33. Y si el leyente sigue siendo curioso y crítico comprobará que en Marcos 10,32-34 se hablará de un ‘tercer anuncio’. Estos ‘títulos en negrita’, y todos los demás de nuestras Biblias, no los escribió la mano redactora de este Evangelio, sino los traductores y editores de la Biblia que se tiene entre manos.

La autora de esta confesión de fe en Jesús que es el primer Evangelio llamado ‘de Marcos’ redactó su texto todo seguido, sin ningún número para los capítulos ni para los versículos, sin ningún otro título como acabamos de ver en tu Biblia y en la mía. No es sencillo acostumbrarse a leer el relato de Marcos, y el de los demás libros de la Biblia, sin tener en cuenta estos números y sus títulos correspondientes.

En el texto que comentábamos tú y yo el domingo pasado leímos explícitamente esto en Mc 8,31: *“Comenzó Jesús a enseñar a sus seguidores”*. En el texto que comentamos ahora (Marcos 9,30-37) leemos con interés esto que nos escribió María Magdalena, su autora: *“Iban de camino por Galilea y [Jesús] no quería que se supiera*, *porque iba enseñando a sus discípulos”*. Un poco más adelante tú y yo, como buenos lectores, caemos en la cuenta de este texto: *“Iban de camino subiendo a Jerusalén y Jesús...Tomó otra vez a los DOCE y comenzó a decirles...”* (Mc 10,32-34).

Creo que debemos de entender que la narradora de estas enseñanzas de Jesús nos las ha ordenado como en tres etapas de ‘un camino’ que recorren Jesús de Nazaret con sus seguidoras y seguidores desde Cesarea de Filipo, en el Norte (8,27), hasta Jerusalén, en el Sur (11,1). Además de ser un camino geográfico, ¿no será también un camino teológico, una manera nueva de ser y vivir, como lo hizo la persona de Jesús y la de quienes deciden seguirle?

 La segunda etapa (Marcos 9,30 hasta 10,31) de esta enseñanza que comparte Jesús de Nazaret con sus seguidores comienza con un asunto tan importante como olvidado. Era un asunto del que ya habían dialogado los seguidores, pero no deseaban compartirlo con Jesús. Tampoco queda nada claro en el texto si esto sucede cuando Jesús vivía con ellos o, una vez muerto Jesús, el asunto se suscitó para regular con orden la convivencia entre los seguidores.

Este asunto es tan humano como el aire que se respira. En toda relación de convivencia, ¿quién es el mayor, el más importante, el que manda? En boca de aquel Jesús de Nazaret se ponen, como respuesta, unas palabras tan revolucionarias que siguen siendo una utopía: El más importante es el que se hace último y se pone a la altura del más abajado y necesitado para aprender a convivir y a crecer juntos. Aquellos discípulos se callaron. Y quienes siguieron a esos discípulos, como nos sucede a nosotros, se olvidaron y... ¡hasta nos reímos de la utopía!

**Domingo 43º de Lucas (23.09.2018): Lucas 19,1-27.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

He venido comentando que este Evangelista Lucas nos habla de su Jesús de Nazaret como alguien que recorre acompañado ‘un camino’ en el que hay un comienzo (Lc 9,53) y un lugar de destino donde el camino finaliza (Lc 19,28). Escribía también en esos comentarios de los textos del ‘camino’ que esta ‘imagen’ era para el Evangelista creyente tan evocadora que ‘ese camino’ lo fue el propio Jesús, su persona, su mensaje, su vida.

Precisamente ahora, según lo entiendo en mi lectura, Lucas nos ha descrito la etapa final de este ‘camino’ en su relato de **19,1-27**. Este relato consta de ‘un hecho’ (19,1-10) y de ‘una palabra-parábola’ (19,11-27) que lo explica, lo interpreta o, quizá, hasta lo enreda y confunde. **Ambos datos, hecho y dicho**, solo los encontramos en este Evangelio. Ninguno de los otros ‘biografiadores’ de Jesús de Nazaret nos lo ha contado. ¿Sucedió así? Tal cual así, creo que no.

Leo ahora contigo ‘el hecho’ que acontece, según lo constata Lucas, en el centro de la ciudad de Jericó (Lucas 19,1-10): *Habiendo entrado [Jesús] en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo que era jefe de publicanos y rico”.* Ésta era la ciudad por la que entró el viejo pueblo de Israel que huía de la persecución esclavizadora del poder faraónico de Egipto. Por la puerta de Jericó se accede a la tierra prometida y regalada, tierra de leche y miel.

Cuando leo despacio el final del encuentro de este hombre de Jericó con el hombre de Nazaret me quedo recordando las expresiones escritas en ese no lejano capítulo que llamé ‘Lucas quince’ en el que se identifica a los publicanos como ‘los perdidos’. Este Zaqueo de ahora es a la vez la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo más pequeño y más perdido. Aquel Zaqueo era el jefe de los publicanos y rico. A todas luces, ¡un auténtico perdido!

El hombre de Jericó y el hombre de Nazaret en su encuentro, al que sólo parece haber asistido como testigo este Evangelista, acaban por compartir casa, comida y cartera con su completa cuenta corriente. Este par de ‘hombres’ se llegan a reconocer y aceptar como hijos del mismo Abraham y de su Yavé-Dios. En el encuentro y en su reconocimiento mutuo se han borrado todas las fronteras que podrían separarlos, dividirlos y enfrentarlos.

Estando la gente ‘encandilada’ por este ‘hecho’, creían que ‘el Reino de Dios’ aparecería de un momento a otro... ¡en Jerusalén!, el final del camino. Sin embargo, tanto el Evangelista como su Jesús de Nazaret sorprenden a sus oyentes y lectores con una muy enigmática parábola. Muy semejante, sólo en apariencia, a la llamada ‘parábola de los talentos’ de Mateo 25,14-30.

Después de haber saboreado el encuentro de Zaqueo con Jesús y de éste con aquél, me reconozco incapaz de ofrecer una palabra explicativa, y de buen sentido, sobre esta llamada ‘parábola de las minas’ que Lucas pone en labios de Jesús. Es más, sigo imaginando qué pasó con aquellos otros siete criados del ‘noble señor que consiguió nombrase rey’ y que recibieron de sus manos su mina. Después de leer el final (19,27) me niego a pensar que ese tal noble señor y rey tenga algo que ver con Jesús y ese su Dios en quien parece creer desde aquella confesión en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,14-22). ¡Me niego a aceptar a ese ‘ser’ tan violento!